

de lugar común que de inéditas informaciones. ¿Qué lector de nuestro medio cultural colombiano no se ha topado en textos de autores nacionales con alusiones, por ejemplo, al sonado 9 de abril de 1948?:

Según los primeros datos recopilados por nuestro equipo de investigaciones, Eccehomo era un muchacho de algo menos de dieciocho años cuando llegó de Bogotá para vivir con una tía materna, en el mes de Julio del año cuarenta y ocho, tres meses después de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán.

Esta novela tiene el tono, el ritmo, la trivialidad y el bostezo propios de una simple razón y no el de las narraciones literarias, llenas de matices sonoros, musicales, cognitivos, o, en fin, que vibran por la autenticidad y no por la ausencia de sus contenidos (materiales y/o espirituales). El tono y el ambiente de *La silla del otro* es, justamente, una suerte de razonadero donde cada descripción tiene el color y el sabor semejantes a una inexpresiva diligencia verbal:

[...] una joven del servicio se acercó al salón para disculpar a su patrón diciendo que debido a un inconveniente de última hora no regresaría sino hasta muy entrada la noche, probablemente al amanecer; a lo cual el visitante respondió que si no les importaba los esperaba el tiempo que fuera necesario, su misión era de una suma importancia y no podía regresar al lugar lejano de donde había venido sin cumplirla.

Finalmente, esta novela tiene todo aquello que la actual narrativa, no necesariamente la posmoderna, ha dejado por sus cargados lastres. Tiene, por ejemplo, el afán costumbrista, o mejor folclorista, por nombrar a como dé lugar, el pequeño mundo de la aldea, sus personajes, sueños, utensilios... Y las vicisitudes "propias de la trama burguesa". En efecto, así lo señala, en la contracarátula del libro, el escritor Darío

Ruiz Gómez —quien a mi juicio— también está desactualizado al señalar que:

Saúl Álvarez Lara aporta a un panorama tan árido como el de nuestra actual narrativa, una serie de elementos importantes: la trama psicológica mediante la cual el mundo social en que discurren sus personajes logra alcanzar la complejidad que los costumbrismos rurales y urbanos no habían podido captar, la presencia de conductas que se definen a partir de los hechos sociales y se enfrentan a un destino surgido inesperadamente casi siempre y frente al cual no hay posibilidad alguna de escape.

GUILLERMO
LINERO MONTES



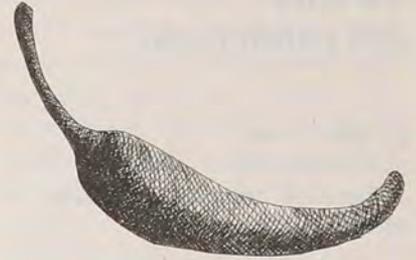
Una aventura narrativa caballerescas

El baile de los árboles

Mauricio Botero Montoya
Editorial La Serpiente Emplumada,
Bogotá, 2003, 170 págs.

Abandonada en el campo en donde acaba de realizarse un combate mortal, un poeta y un monje se encuentran con una alforja misteriosa. Con toda la prudencia que se puede imaginar tratándose de una situación semejante, se encuentran, en su interior, con un inquietante conjunto de crónicas. Esperaban hallar al amigo, o a su cuerpo exánime, que ha trezado batalla con el Señor de las Moscas, el enemigo más poderoso que alienta bajo el sol, pero a cambio, tienen que contentarse con un compendio de palabras. Sin otro remedio, pues de la persona del Doncel, o simplemente de su cuerpo, no queda rastro alguno, toman para sí la alforja y vuelven por sus pasos. Con los días los frailes benedictinos, comunidad a la que el monje rige en

calidad de abad, se da a la tarea de descifrar el contenido de los manuscritos y de transcribirlo de manera que los hechos allí narrados puedan rescatarse del olvido. Tal relación de hechos caballerescos y desconcertantes es el cuerpo sustancial de la novela que Mauricio Botero Montoya nos ofrece bajo el sello editorial de La Serpiente Emplumada.



Los asuntos más determinantes del género caballeresco se hacen presentes en la ficción desarrollada por el autor. El héroe, cuyo trágico destino ya ha quedado referido, nace en condiciones portentosas. En efecto, en una de las direcciones narrativas más frecuentadas por los relatos populares de todos los tiempos y latitudes, el punto de partida circunscribe un conflicto típico. Hay un rey, una reina y un reino atribulados, pues la deseada descendencia no ha sido posible de ninguna manera. Ella se esfuerza y sufre, él se refugia en su amargura y el deseado hijo no llega al mundo pese a la ansiedad de todos. Entonces aparece un tercero en el tinglado. Se trata de Arcalaus, el mago, quien a regañadientes termina cediendo a las peticiones de la reina Elisenda y toma cartas en el asunto. El monarca Pellerín, entretanto, "[...] quien solo con pavor llegaba a la intimidad", miró con displicencia a este nuevo hacedor de milagros, quien seguramente fracasaría como todos los demás, y lo dejó a sus anchas, agradeciéndole solamente que gracias a su influjo la quejumbre de la reina desapareció y le permitió dormir. Mal hizo el soberano Pellerín, rey de Malva, pues aquella noche Elisenda concibió un hijo de Arcalaus el mago, a quien luego se le conocería como el Don-

cel de la Mar, y cuyo destino sería tan excepcional como trágico.

Enterado de la preñez de la reina el mago le impuso una condición: nacida la criatura sería puesta de inmediato en sus manos sin miramiento alguno. Pero Elisenda, antes que reina era mujer y no sufrió semejante imposición. Tomó entonces una determinación patética, que de nuevo nos coloca en territorios arquetípicos: sustituyó a su propio hijo con uno de los tantos infantes que nacían muertos en aquellos tiempos y al suyo propio lo abandonó al capricho del mar. Como era de esperar el niño sobrevivió. Una pareja de nobles, que paseaba por el litoral, lo tomó bajo su protección y lo crió como si fuera su propio hijo. Allí, bajo el amparo de ese hogar y en compañía de su hermano de leche Gandolín, el Doncel pasó sus primeros años hasta que, otra vez la peripecia típica, llama la atención del monarca Longines, rey de Antalia, quien, impresionado por las dotes del jovencito, lo lleva consigo, así como a su hermano, y le ofrece educación palaciega. Allí conoce a Oriana, sobrina del rey Longines, que se ha de convertir en la dama de sus fervores y es nombrado caballero.



Se inician así una serie de peripecias que colocan al relato en la dirección de la narrativa medieval más ortodoxa. Sus andanzas ponen al caballero, siempre atormentado por el misterio de su origen, al alcance de la reina Elisenda, quien reconoce a su hijo en este joven adalid misterioso que ha llegado a su palacio y, por supuesto en silencio, se ve atormentada por los sentimientos más vehementes y contradictorios. Encuentra la amistad del juglar que le ha de acompañar desde entonces hasta la hora de su muerte, y da comienzo a una serie de combates tan

victoriosos como tortuosos, que le granjearán fama creciente, admiración y envidia. Entretanto Arcalaus, quien se entera de la estratagema de la reina, intenta por todos los medios encontrar a su hijo perdido y fija la atención en las hazañas de aquel victorioso y atormentado caballero cuyos hechos ya habitan el territorio de los cantos y las leyendas. Caballero éste que ha terminado sujeto a la voluntad despótica y malintencionada de Lisuarte, padre de Oriana, quien, ignorando como todos, el regio origen del Doncel, ve con malos ojos la afición que su hija evidencia por él. Y es precisamente en torno a este capricho malintencionado del rey Lisuarte, que se precipita la historia. Grandes guerras enfrentan a los reinos más importantes de la época. Se suceden la atrocidad, el delirio y la maldad, al mismo tiempo que se inician grandes empresas y proyectos. Los benedictinos dan comienzo a la construcción de una abadía que regirá en territorios fertilísimos, sembrados de tope a tope con arbustos de *caffa*, y el Doncel encaminará sus pasos, de aventura en aventura, hasta el enfrentamiento final con el Señor de las Moscas, el ángel del mal, bajo cuyas manos finalmente perecerá. Así las cosas, mientras las peripecias contadas se van sucediendo unas tras otras, constituyendo el cuerpo vivo de una red narrativa tan compleja como sutil, el autor va desplazando geográfica e históricamente las acciones hasta contextualizarlas en un territorio que no denomina, pero que evidentemente relaciona con Colombia. Este desplazamiento vertiginoso es el centro de la propuesta experimental que nos presenta Mauricio Botero en su novela.

La tesis, que el autor presenta en la "Salutación" de su trabajo, es muy simple.

Hay un tono medieval en la poesía de la América Latina que hace posible trasvasar sus buenos poemas a la extinta edad benedictina, desde un nuevo mundo que no lo conoció. Así la tesitura gótica contemporánea de este continente está modulada por una ausencia: la

carencia de edad media. La sombra de esta añoranza asemeja la nostalgia de la persona que no gozó su infancia y está anclada en ella. Nuestros poetas hablan en el tono de lo que nos hizo falta como si su oficio misterioso los hiciera restaurar una realidad que nunca existió, y por eso mismo permanece porque no cesa.



Partiendo de la evidencia histórica de habernos involucrado como comunidad cultural en el seno de la tradición occidental, en el momento en que ésta ha abandonado con toda evidencia su propia edad media, el autor se habilita para afirmar que, en efecto, vertidos en los moldes espirituales europeos no tuvimos más remedio que "acaballarnos" malamente sobre una modernidad ajena a nuestra forma, pero que tuvimos forzosamente que aceptar. En efecto, y tal es uno de los hechos más perturbadores sobre los que se ha delineado nuestra conciencia cultural, generaciones de latinoamericanos han crecido figurándose narraciones de las cuales les es absolutamente imposible cobrar experiencia directa. Castillos, puentes levadizos, fosos, príncipes y princesas, reyes, duques y barones, enanos, armaduras, caballeros, nutrieron y siguen nutriendo el imaginario colectivo latinoamericano, y sin embargo, en consonancia con las afirmaciones del autor, ninguno de estos eventos portentosos es posible de apropiarse mediante el ejercicio de la percepción

inmediata. No tenemos castillos, ni puentes levadizos, ni príncipes, ni princesas. No los podemos ver. Nos es preciso figurarlos, construirlos, añorarlos. En buena medida la actitud de subordinación espiritual que hemos padecido y seguimos padeciendo, y desde la cual hemos construido las condiciones abyectas que vivimos, se nutre con esta vivencia de la lejanía y la extrañeza. La imposición histórica nos abocó a la necesidad de construir un mundo con aspiraciones de modernidad, dentro del cual no tenían ya cabida los espacios, los tiempos y las presencias medievales. Pero esas presencias y motivos arraigaban, de anómala manera, en una suerte de restauración misteriosa de “una realidad que nunca existió, y por eso mismo permanece porque no cesa”. César Vallejo hablaría de aquel “[...] triste destino [...] ser hojas secas sin haber sido verdes jamás”.



En esta dirección la aventura narrativa que nos presenta Mauricio Botero cobra todo su sentido. En la mejor de las acepciones el autor se integra al tan trasegado “apropiacionismo” contemporáneo y mediante el “plagio total”, ejecuta, como “amanuense feliz”, una suerte de simulacro narrativo, tanto en el sentido del anecdótico desarrollado como en el de la utilización del lenguaje. En una suerte de temeraria contorsión, señala tópicos estructurantes, arquetípicos, y establece

nexos entre ellos urdiendo una red que soporta la verosimilitud de la narración. Mencionemos algunos de ellos: La presencia del *caffa*,

[...] el insumo con molienda de semillas olorosas venidas de oriente [...].

El señalamiento de los vecinos norteños a quienes un “hado sutil”

[...] los llevó a escribir, sacrílegamente, en sus monedas: Confiamos de Dios.

La caracterización del modelo de vida capitalista

[...] Creen, ciegos, en el futuro ese después que no llega, mientras la bestia los somete por el vientre. Al tejer sus hilos se escucha, de costa a costa, el canto al placer encadenándolos a su designio, y multiplicando con perfidia los puntos de vista, les impone el de las mayorías invasoras.

[...] Pues mirad cómo el pueblo que negó el ser de la bestia tiene confundidos los miedos. Brega por asustarse con artificiales monstruos inventados para aterrarse sin fundamento, como quien desea olvidar el temor más radical de aquel infeliz que niega el Nombre con la sombra del Nombre.

La referencia histórica costumbrista a hechos y personajes de nuestra tradición.

El abad buscó semillas en sus viajes, las trajo a esa conjunción de luz y montañas. En la confesión impuso como penitencia su siembra a los fieles-pecadores, hasta que pobló el país de árboles del café, ardiente como el amor, dulce como el pecado, oscuro como la muerte.

Y sobre todo la inserción de fragmentos o de textos poéticos completos de autores capitales de nuestra tradición poética que como Álvaro Mutis o León de Greiff, identifican y sitúan con toda claridad un con-

texto geográfico, temporal y cultural determinante. Se evidencia, pues, la faena voluntariosa acometida por toda una comunidad carente de cierta experiencia histórica que, sin embargo, reconoce en su espíritu, y que acude en su remedio a los recursos de la ficción y la poesía, esa versión paralela de la historia que construyen desde su marginalidad los pueblos vencidos.



El filósofo Rubén Jaramillo, en su libro, *Colombia: la modernidad postergada*, uno de sus trabajos más notorios, caracteriza la condición sociocultural del país en términos de la empecinada presencia de la Edad Media en todas y cada una de las estructuras fundamentales de la nacionalidad. Podría parecer que esta posición, argumentada con toda solidez, contradice la hipótesis central desde la cual el escritor Botero Montoya construye su novela. La España señorial, territorial, católica y caballeresca, vale decir medieval, afirma Jaramillo, se halla insertada hasta tal punto en los meandros del espíritu colectivo nacional, que bien podría afirmarse que el país no ha franqueado las barreras del renacimiento. Una revisión, más o menos superficial a las estructuras reales de nuestro comportamiento colectivo pareciera darle toda la razón. Y sin embargo, ¿cómo podría explicarse tal empecinamiento? Es en este punto cuando las afirmaciones del novelista cobran toda su vitalidad. Sólo puede superarse lo efectivamente existente. Sólo lo real puede darse el lujo de cesar de manera definitiva. Dar paso a lo genuinamente nuevo. Ubicada en la in-

tangible, pero determinante, esfera de los fines y de los valores, sin asideros pragmáticos desde los cuales desarrollar una concreción verdadera, nuestra medievalidad, que “[...] nunca existió, permanece por que no cesa”. Así las cosas, es probable que la presencia de esfuerzos de autoconciencia como el que nos presenta el novelista, sea una de las pocas instancias posibles desde las cuales emprender la invención de una nacionalidad genuina.

RAFAEL MAURICIO
MÉNDEZ BERNAL

El judío caribeño

El salmo de Kaplan

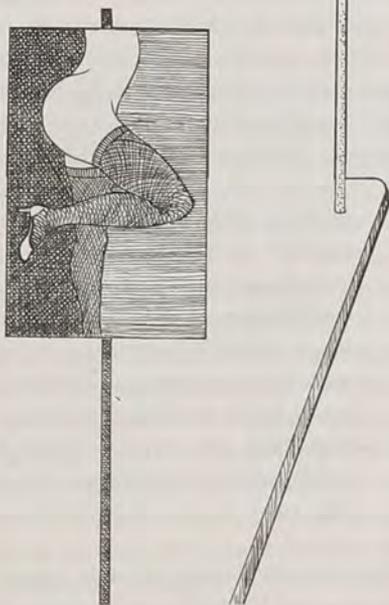
Marco Schwartz

Norma, Bogotá, 2005, 269 págs.

En la tradición literaria colombiana de tema judío han predominado ciertos tópicos: la inmigración, el choque cultural, la problemática de la preservación de valores y el antisemitismo. La vida de los escritores judíos colombianos y más sus novelas están atravesadas por la experiencia antisemita, convirtiéndose las obras en testimonio de la misma. En la Colombia del siglo XIX el antisemitismo fue más fuerte que en la del XX, lo que obligó por ejemplo a Jorge Isaacs a hacerse converso, y a “convertir” de paso a la heroína de su única novela. A diferencia de Isaacs, los escritores judíos colombianos de épocas posteriores, no necesitaron abjurar de su religión por temor a lecturas antisemitas, sino que convirtieron su origen y creencias en material literario o documental, incluso como una manera de evitar la pérdida de sus propias tradiciones.

Marco Schwartz es el autor más joven en la pequeña tradición de prosistas judíos colombianos que, desde Simón Guberek en los años treinta, han sostenido una tradición

literaria y ensayística de tema judío. Guberek y Salomón Brainski fueron los iniciadores de esa tradición en la que se manifiesta uno de los motivos más comunes de la misma: el encuentro entre los inmigrantes judíos y los residentes colombianos, y el correspondiente choque que se genera de dicho encuentro. La crónica documental de Guberek, *Yo vi crecer un país*, y la colección de diez cuentos de Brainski, *Gentes en la noria*, fueron escritas originalmente en yidis. Aunque se trataba de escritores nacidos en Europa e inmigrantes a Colombia tras la Primera Guerra Mundial, las experiencias que relatan no son lejanas a las historias de *El salmo de Kaplan* o de *El rumor del Astracán*, novela que recrea la Bogotá de los años treinta, la época en la que hubo la mayor inmigración de judíos askenazíes a Colombia.



El salmo de Kaplan de Marco Schwartz, revive los ecos y el motivo de esa tradición que se viene mencionando. Con un ritmo ágilmente sostenido en los veinte capítulos, la novela relata dos semanas en la vida de una comunidad judía en el Caribe a finales de los setenta,

cuyas tradiciones y creencias se están desmoronando. El protagonista, Jacobo Kaplan, es un inmigrante polaco que vive con su familia en Santa María, una ciudad costera, que como la Bellavista de *Vulgata caribe*, evoca a Puerto Colombia y por extensión a Barranquilla: “Santa María, el muelle más largo que había visto en su vida, los latigazos inclementes del sol, la humedad sofocante que adhería como un pegamento la ropa a la piel, la vocinglería ensordecedora del puerto, los estibadores negros y mulatos acarreado por el terminal pesadas cajas y maletas” (pág. 28). Obsesionado con la idea de mantener la tradición que descubre cada día más deteriorada, Kaplan decide capturar al “Profesor”, supuesto líder de una organización nazi llamada “Aurora”, en un último intento de preservar su linaje con un acto comparable a los de los héroes bíblicos. Para esto, contrata al cabo de la policía Wilson Contreras como acompañante y juntos, conformando una precaria *Mossad* local, emprenden la búsqueda del misterioso Profesor. A medida que avanza la búsqueda van apareciendo más y más pistas, piezas claves de un gigantesco rompecabezas construido con realidad y fantasía, con azar y conciencia, que acerca y aleja a los protagonistas de su objetivo. Aunque apenas hacen partícipes del proyecto a sus respectivas esposas, tanto las familias como la comunidad se enteran y terminan implicándose de una u otra forma en la aventura. Sin embargo, los resultados inesperados de la misma afectarán de manera más profunda a Kaplan que a Contreras.

En *Teoría de la novela*, Lukacs define al protagonista de la novela de aventuras como un héroe monomaniaco, obsesionado por una sola idea. Este héroe ve el mundo en términos de su idea; por lo tanto su interior se proyecta hacia afuera. Su yo se materializa sólo en acción, en aventuras. Este tipo de héroe busca fuera y no dentro de sí mismo su identidad, enfrentándose con el mundo y la realidad. En estos términos, Kaplan, como el Quijote, es un héroe monomaniaco volcado ha-